

LITERATURA DEL CARIBE. DE MARTINICA A COLOMBIA

CRUCE DE CAMINOS EN EL MAR

Patrick Bouletreau *

RESUMEN

En el ambiente de internacionalización que se vive hoy en día, las letras no pueden quedarse atrás. La Literatura Comparada llega a punto para participar de este movimiento y, tratándose de literatura del Caribe, el material es amplio: diversos mundos se abren ante nuestros ojos, cada uno con sus características: Inglaterra, Holanda, Francia y España dejaron sus huellas, África trajo su parte de magia, los rasgos autóctonos perduran. En esta óptica, al poner de evidencia similitudes de idiosincrasia, contribuimos a reforzar unas relaciones interculturales: en este caso, nuestra región colombiana con una isla antillana francófona.

Ahora es un hecho: los trabajos de los últimos quince años¹ han revelando la existencia de una literatura del Caribe en su globalidad; parece un reto insuperable: ¿Cómo lograr que quepa en una totalidad un espacio tan heterogéneo como el mundo caribe? En pocas palabras, si las lenguas y las estructuras políticas dieron su marco a la topografía, no podemos negar, desde luego, la evidencia de una historia y una cultura común que forman la base de nuestra perspectiva comparatista.

¿Será necesario recordar los tiempos de la Conquista y el encuentro fatídico de tres continentes en un proceso colonial, para delimitar el cuadro común del universo caribe?... abstracción hecha de las barreras

lingüísticas y del reparto arbitrario de tierras. Parece un tópico nombrar a los cuatro grandes que se repartieron el botín: después de cuatro siglos de enfrentamientos, —a partir del primer viaje de Colón hasta las últimas luchas para la independencia— las secuelas son notables y delimitan el paisaje caribeño actual; España, Inglaterra, Holanda y Francia, por turno y obedeciendo al flujo y reflujo de las alianzas, se han forjado imperios según las fuerzas del momento o la buena voluntad de los monarcas.

Pero no perdamos el hilo de nuestra idea que tiende a abarcar esta diversidad. A partir del momento en que los pueblos tienen una historia común, desde luego la cultura, y que la literatura se da por tarea la restitución del hombre y de su medio, no encontraremos más que parámetros idénticos, desde el delta del Mississippi hasta las costas venezolanas, desde el golfo del Darién hasta las Antillas menores.

Nuestro propósito no consiste en establecer una lista exhaustiva de autores; en este

* Nacido en París el 11 de noviembre de 1951. Profesor de francés de la Universidad del Magdalena desde 1980. Licenciado y Maestría de Idiomas (Francés-Español) de la Universidad de Nantes (Francia), 1975-76. Especialización (D.E.A.) en Literatura Comparada, 1992. Candidato a Doctor en la Universidad de las Antillas y de la Guayana (Francia), sobre «Literatura Comparada del Caribe».

aspecto, los estudios comparatistas nos proponen bibliografías consecuentes en las que el lector puede «navegar» por varios idiomas. Desde luego, los investigadores que se interesan por la literatura llamada «comparada»,² insisten en seguida sobre el aspecto aventurero de la empresa que se da por principal tarea, romper las barreras de un mundo fragmentado por las distancias y el mar: así se sacará a la luz del día una literalidad común al marco caribeño.

Siguiendo este rumbo, no vacilaremos en colocar dentro de una misma perspectiva a autores como Carlos Fuentes o Alejo Carpentier; el martiniqueño Raphaël Confiant o Manuel Zapata Olivella. Otro martiniqueño Patrick Chamoiseau o el ecuatoriano (rumbo al Pacífico) Adalberto Ortiz... No hicimos sino nombrar a unas pocas figuras emblemáticas de una literatura que viene dedicándose al hombre del Caribe, cuyas experiencias revelan valores y debilidades, dentro del papel traicionero del destino y de la Historia.



Una primera comprobación presenta la literatura del Caribe como la literatura del mestizaje y de la negritud, en sus esfuerzos para llegar a la modernidad; en efecto, si la oralidad africana sirvió y sirve todavía de apoyo para algunos autores caribeños, todos ya no acuden al folklore o a la tradición: adoptan con franqueza una técnica europea, utilizando así las mismas armas que el enemigo, para defenderse mejor de sus ataques.

Así como el esclavo tuvo que acomodarse al lenguaje de su amo, el escritor se amolda a la estructura lingüística del colonizador: hasta las lenguas criollas conservan elementos europeos. Hubo que esperar al portorriqueño Luis Palés Matos (1898-1959) quien, en sus poesías, dislocó el lenguaje, y a Aimé Césaire, profundamente influenciado por los simbolistas y surrealistas franceses. Citemos también al jamaicano Claude McKay (1889-1948) quien, después de usar el lenguaje popular, confesó hallarse en una vía sin salida para dedicarse a la elaboración del soneto perfecto.

Desde luego, no encontraremos la originalidad de la literatura del Caribe en su forma: Europa dejó sus huellas, desde la farsa o la picaresca hasta las últimas audacias del post-modernismo... Daniel-Henri Pageaux³ no recuerda entonces el papel fundamental de Alejo Carpentier en lo que se refiere al desarrollo del concepto de barroco y maravilloso, géneros propios de la literatura latinoamericana en su tradición y modernidad. Grande es la tentación de extender tales conceptos a una literatura que no sea hispanófono, arranque apreciable para un primer acercamiento de obras que aparentemente se ignoran entre sí. De tal modo, intentaremos puestas en perspectiva de *Del amor y otros demonios*⁴ y *Agua de café*.⁵

Primero, recordemos el nacimiento del concepto de lo real maravilloso, concepto emi-

tido por Carpentier mientras, en su regreso de Europa, costeaba el estuario del Orinoco, reconociendo aquel día, ante la exhuberancia de la naturaleza, la huella de un barroco propio del continente americano. Desde entonces, lo maravilloso confirmó ser una subcategoría del género fantástico, al mismo nivel que lo extraño y fantástico: se considera como relato maravilloso todo relato que traspasa los límites de lo posible pero que conserva su lógica interna; el relato extraño viene a colocarse dentro del marco de la realidad en sus últimos extremos. En últimas instancias, el relato fantástico es el que provoca la duda en el lector, el que crea cierto malestar y deja una libre pero imposible explicación de los hechos: vacilación entre realidad e irrealidad.⁶

En *Del amor y otros demonios* y *Agua de café*, lo maravilloso llama nuestra atención, a pesar de que el género no aparece en la totalidad de las dos obras que reflejan desde otro punto de vista la realidad social e histórica de la Cartagena del siglo XVIII y la vida cotidiana de una población de Martinica en la época turbia de la Segunda Guerra Mundial. Los elementos maravillosos van a convergir precisamente en el personaje de la mujer maldita, la de origen dudosa o misteriosa, a saber Antilia en *Confiant* y Sierva María en *García Márquez*. Estas dos figuras emblemáticas y centrales reúnen elementos míticos de la cultura yoruba,⁷ elementos que se insertan en ambos relatos para constituir un enigma a los ojos de la población de Cartagena y de Grand-Anse.

En primer lugar, el origen de las dos muchachas las tiene marginadas: Antilia apareció «de ninguna parte» y Sierva María, a quien su madre odia, es una mestiza que tuvo «una infancia de huérfana»; coren unos rumores de que la primera es hija de prostituta; en cuanto a la otra, el padre de la misma ve en

ella una futura mujer de mala vida. Ambas pasan unos años de su vida en un lugar cerrado: Una en la casa de *Agua de Café*, personaje clave y madrina del narrador: la puerta que daba al mar nunca se abría; la muchacha no abrirá la ventana sino cuando el estruendo del mar anuncie su metamorfosis. En lo que se refiere a Sierva María, quedará encerrada en un convento frente al mar, a la espera de un exorcismo que tendría que librarla del diablo (el mundo que la rodea no se imagina que se trata de un dios africano). Ambas se revelarán oriundas del mar –cuyos símbolos abundan–, lo que explica el rechazo del cual de que son víctimas y la desconfianza que suscitan.

El destino común de ellas se precisa en el momento de su metamorfosis, cuando emprenden la iniciación en el mundo de los orichas africanos.⁸ A cada una, se le asocia un oricha: a Antilia le corresponde Yemayá y Olokún a Sierva María.⁹ No sin razón *Confiant* y *García Márquez* les atribuyen un ser mítico: consideradas como locas e impenetrables por su entorno, son el camino en el cual hay que adentrarse para volver a encontrar la palabra perdida; hundirse en las profundidades del mar es una condición sine qua non para devolverle la memoria a un pueblo.

De hecho, al mar lo odian y le temen: Grand-Anse le da la espalda, como si la población se negara a acordarse de la larga y penosa travesía vivida por los ancestros tres siglos antes... la gente optó por el olvido, pues el mar es «ladrón de cuerpos inocentes». Así mismo, Sierva María, poseída por Olokún, es un ser acuático dotado de los poderes propios de los orichas: de repente habla tres idiomas africanos, se hace invisible cuando se le antoja, come los testículos y los ojos de un chivo cuya sangre bebe; vuelve a practicar el rito vodú de sus ancestros. La meta-

morfosis de las muchachas –por ende su toma de conciencia de que forman ahora parte de un mundo diferente– se concretiza en el estrépito del mar, en los relámpagos y truenos, que ponen de manifiesto su iniciación y el principio de su misión en la tierra, el de conducir a los hombres en el camino árduo de la memoria: el colombiano Manuel Zapata Olivella aclara los hechos,¹⁰ recordando por la voz de un juglar, la maldición que pesa sobre el pueblo yoruba, a la espera del retorno de Changó, oricha e hijo de Yemayá, destituido de su trono en sus propias tierras africanas por Omo-Oba, el primer hombre inmortal...

Desde luego, Antilia y Sierva María no predicán con palabras, sino que adoptan una actitud de retiro y se burlan del común de la gente: como los orichas, les gusta engañar y reírse de los mortales, al modo de los dioses griegos que se jugaban del destino de los hombres. Antilia, reflejo de los símbolos antagónicos del mar – vida / muerte, olvido / memoria, suelta carcajadas burlonas cuando le piden clemencia, y Sierva María se pasa el tiempo haciendo jugadas maléficas a las monjas del convento. Tanto inocentes como tiranos son el blanco de su magia, lo que tiende a acrecentar las discrepancias entre mundo profano y sagrado. De la misma forma, se pone de relieve el aspecto lúdico de la situación, que nos devuelve –en el caso de García Márquez– de inmediato a un ambiente de carnaval propio de la farsa medieval europea.

Es más: si los orichas hablan, juegan, desaparecen, vuelven a aparecer, se ponen también herméticos cuando quieren que su mensaje sea transmitido, aun de manera incomprensible. En efecto, miden sus palabras o conservan un mutismo riguroso: las palabras no producen cambio en los hombres. Así, Antilia «no habló», «volverá a

encontrar la memoria»; luego afirma que «demasiadas palabras no es bueno», hundida en su «meditación abismal». Por otro lado, Sierva María lucha contra «dolores mudos» o se vuelve sorda y muda al encerrarse en su «aura fantasmático».

¡Qué extraño el parecido de las dos muchachas y de su actitud en una misma empresa! La «hembra acuática» y la que «no es de este mundo» son seres míticos madre e hija –o hijo– en dos novelas aparentemente independientes, una del Caribe francófono y otra de la costa colombiana. Una anécdota a propósito de García Márquez: corrió el rumor de que el escritor había omitido en su obra el tema de la negritud; la crítica queda ahora sin fundamentos; en *Del amor y otros demonios*, le da al tema un papel de importancia, aunque Confiant mantiene más tensión dramática en su relato. Este último nos prueba en todo caso, que lo real maravilloso ya no es heredad del continente latinoamericano, sino que surge también en las páginas de la literatura francófona: de ahora en adelante, un puente queda levantado...

NOTAS

1. Citemos los esfuerzos de la Asociación Internacional de Literatura Comparada.
2. El término mismo de Literatura Comparada puede engañar, pues no se trata de comparar, sino de encontrar perspectivas comunes.
3. Images et Mythes d'Haiti, L. Harmattan, Paris, 1984.
4. G. García Márquez, Norma, Bogotá, 1994. Y en su traducción francesa por Annie Mervan, Grasset, Livre de Poche, Paris, 1994.
5. Raphael Confiant, Grasset, Livre de Poche, 1991.
6. Categorías establecidas por el formalista ruso Todorov.
7. Antiguo imperio del Níger.
8. Divinidades del panteón yoruba.
9. Yemayá es madre de los dieciséis principales orichas; diosa del mar y de los ríos. Olokún es un(a) hijo(a) de ella; hermafrodita, vive en el mundo submarino.
10. Changó el gran putas, Ed. La Oveja negra, Bogotá.